

CUENTOS DE NAVIDAD

CHARLES DICKENS

CUENTOS DE NAVIDAD

*Con ilustraciones de John Leech, Daniel Maclise, Richard Doyle,
Clarkson Stanfield, Edwin Landseer, John Tenniel, y Frank Stone*



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Christmas Books*

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Ilustraciones de: John Leech, Daniel Maclise, Richard Doyle,
Clarkson Stanfield, Edwin Landseer, John Tenniel y Frank Stone

Ilustraciones coloreadas por Carlos de Miguel

Primera edición: noviembre de 2018

© de la traducción: Gregorio Cantera, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

ISBN: 978-84-350-4019-8

Depósito legal: B-24981-2018

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso en Liberdúplex

Impreso en España

ÍNDICE

CANCIÓN DE NAVIDAD EN PROSA Cuento navideño de fantasmas

Prefacio	15
Primera estrofa: El espectro de Marley	19
Segunda estrofa: El primero de los tres espíritus	37
Tercera estrofa: El segundo de los tres espíritus	53
Cuarta estrofa: El último espíritu	73
Quinta estrofa: Final	87

LAS CAMPANAS

Historia de esos duendes que viven en las campanas que despiden cada año para dar la bienvenida al nuevo

Primer cuarto	103
Segundo cuarto	125
Tercer cuarto	145
Último cuarto	165

EL GRILLO DEL HOGAR

Un cuento de hadas acerca del hogar familiar

Primer canto	183
Segundo canto	219
Tercer canto	247

LA BATALLA DE LA VIDA
Una historia de amor

Primera parte	287
Segunda parte	311
Tercera parte	343

EL HECHIZADO O EL TRATO QUE HIZO EL FANTASMA
Una fantasía navideña

Primer capítulo: El don concedido	377
Segundo capítulo: El don difundido	403
Tercer capítulo: El don retirado	443

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CANCIÓN DE NAVIDAD Ilustraciones de JOHN LEECH

El espectro de Marley	33
Los fantasmas	36
El baile del señor Fezziwig	46
Scrooge acaba con el primero de los tres espíritus	52
El segundo de los tres espíritus	56
Ignorancia y deseo	72
El último de los tres espíritus	85
Scrooge y Bob Cratchit	92

LAS CAMPANAS

El espíritu de las campanas, de DANIEL MACLISE	95
La torre de las campanas, de DANIEL MACLISE	99
Comiendo en los escalones, de RICHARD DOYLE	103
<i>Trotty</i> Veck, de JOHN LEECH	107
Aldeman Cute y sus amigos, de JOHN LEECH	117
<i>Trotty</i> , en su casa, de RICHARD DOYLE	125
En casa de sir Joseph Bowley, de JOHN LEECH	128
La vieja iglesia, de CLARKSON STANFIELD	142
<i>Trotty</i> Veck, junto a las campanas, de RICHARD DOYLE	145
La cabaña de Will Fern, de CLARKSON STANFIELD	157
Richard y Margaret, de JOHN LEECH	160
Margaret y su hija, de RICHARD DOYLE	165
El baile de Año Nuevo, de JOHN LEECH	179

EL GRILLO DEL HOGAR

Título, de DANIEL MACLISE	183
Portadilla, de DANIEL MACLISE	187
Primer canto, de RICHARD DOYLE	193
El carro del carretero, de CLARKSON STANFIELD	197
John llega a casa, de JOHN LEECH	201
John y <i>Dot</i> , de JOHN LEECH	215
Segundo canto, de RICHARD DOYLE	219
Caleb en su taller, de JOHN LEECH	223
<i>Boxer</i> , de EDWIN LANDSEER	232
Tilly Slowboy, de JOHN LEECH	236
La lección de la señora Fielding, JOHN LEECH	242
Tercer canto, de RICHARD DOYLE	247
El sueño de John, de JOHN LEECH	250
El baile, de JOHN LEECH	274

LA BATALLA DE LA VIDA

Portadilla de título, de DANIEL MACLISE	277
Dibujo inicial, de DANIEL MACLISE	281
Primera parte, de RICHARD DOYLE	287
Guerra, de CLARKSON STANFIELD	288
Paz, de CLARKSON STANFIELD	291
El desayuno de despedida, de JOHN LEECH	300
Segunda parte, de RICHARD DOYLE	311
Snitchey y Craggs, de JOHN LEECH	314
La cita secreta, de DANIEL MACLISE	331
La noche del regreso, de JOHN LEECH	339
Tercera parte, de RICHARD DOYLE	343
El Rallador de Nuez Moscada, de CLARKSON STANFIELD	345
Las hermanas, de DANIEL MACLISE	361

EL HECHIZADO

Título, de JOHN TENNIEL	369
Portadilla, de JOHN TENNIEL	373
Ilustración inicial del primer capítulo, de JOHN TENNIEL	377
El faro, de CLARKSON STANFIELD	381
Milly y el anciano, de FRANK STONE	386
Redlaw y el fantasma, de JOHN LEECH	393
Redlaw y el chiquillo, de JOHN LEECH	400
Segundo capítulo, de JOHN TENNIEL	403
La familia Tetterby, de JOHN LEECH	410
Redlaw, de JOHN TENNIEL	417
Milly y el estudiante, de FRANK STONE	423
Aspecto exterior de la vieja casa del guarda, de CLARKSON STANFIELD	428
El chiquillo delante de la chimenea, de JOHN LEECH	439
Ilustración de apertura del tercer capítulo, de JOHN TENNIEL	443
Johnny y <i>Molloch</i> , de JOHN LEECH	448
Milly y los niños, de FRANK STONE	455
La cena de Navidad en el gran salón, de CLARKSON STANFIELD	468

Canción de Navidad vio la luz en 1843; *Las campanas*, en 1844; *El grillo del hogar*, en 1845; *La batalla de la vida*, en 1846, y *El hechizado*, en 1848. Si exceptuamos el primero y el cuarto de estos títulos, las primeras ediciones están fechadas en el año siguiente al de su aparición. Reunidos en un solo volumen, bajo el título de *Cuentos de Navidad*, estos cinco relatos fueron editados por primera vez en 1852.

CANCIÓN DE NAVIDAD EN PROSA
Cuento navideño de fantasmas

PREFACIO

Con este breve cuento de fantasmas, he tratado de evocar el espectro de una idea que ojalá no amargue a mis lectores, los enfrente a unos con otros, los predisponga contra estas fiestas ni con el autor. Confío en que lleve a sus hogares un hechizo tan agradable como imperecedero.

Su leal amigo y servidor,

Charles Dickens
Diciembre de 1843

PERSONAJES

BOB CRATCHIT, *escribano de Ebenezer Scrooge*

PETER CRATCHIT, *hijo del anterior*

TIM CRATCHIT (*Tiny Tim*), *lisiado, hijo menor de Bob Cratchit*

SEÑOR FEZZIWIG, *anciano comerciante, bondadoso y jovial*

FRED, *sobrino de Scrooge*

ESPECTRO DE LAS NAVIDADES DEL PASADO, *fantasma que muestra las cosas del pasado*

ESPECTRO DE LA NAVIDAD PRESENTE, *espíritu generoso y afable*

ESPECTRO DE LAS NAVIDADES POR VENIR, *aparición que desvela los acontecimientos que están por llegar*

ESPECTRO DE JACOB MARLEY, *fantasma del antiguo socio de Scrooge*

JOE, *empleado de una tienda de artículos de segunda mano que admite objetos robados*

EBENEZER SCROOGE, *viejo tacaño y avaro, el único socio vivo de la firma Scrooge and Marley*

SEÑOR TOPPER, *hombre soltero*

DICK WILKINS, *aprendiz de Scrooge*

BELLE, *gentil ama de llaves y antigua amante de Scrooge*

CAROLINE, *esposa de uno de los deudores de Scrooge*

SEÑORA CRATCHIT, *esposa de Bob Cratchit*

BELINDA Y MARTHA CRATCHIT, *hijas del señor y la señora Cratchit*

SEÑORA DILBER, *lavandera*

FAN, *hermana de Scrooge*

SEÑORA FEZZIWIG, *digna compañera del señor Fezziwig*

PRIMERA ESTROFA

El espectro de Marley

Para empezar, Marley estaba muerto. No hay ninguna duda sobre este particular. El acta de defunción estaba firmada por el clérigo, el sacristán, el director de la funeraria y la persona que presidía el duelo. Scrooge también estampó su firma. Y su rúbrica bastaba para dar como bueno en Bolsa todo aquello a lo que quisiera añadir su nombre.

El pobre Marley estaba más muerto que mi abuela.

Pero, ojo, con esto no quiero decir que sepa por experiencia qué es eso de estar más muerto que mi abuela, pues podría haber considerado que el clavo que cierra un ataúd es también la pieza más muerta de ferretería. La sabiduría, empero, de nuestros antepasados se asienta en símiles y no serán mis míseras manos las que la profanen, salvo si así lo exige nuestra patria. Por eso, habrán de permitirme que, con conocimiento de causa, insista en lo de que Marley estaba más muerto que mi abuela.

¿Sabía Scrooge que estaba muerto? Pues claro que sí. ¿Cómo podría saberlo? Scrooge y él habían sido socios desde quién sabe cuántísimo tiempo. Scrooge era su único albacea, su único administrador, su único apoderado, su único heredero universal, su único amigo y el único en llorar su muerte. Pero tan luctuoso acontecimiento no le afectó tanto como para dejar de ser tan magnífico hombre de negocios que, el mismo día del entierro, lo solemnizó cerrando un muy ventajoso negocio.

Hablar del entierro de Marley me lleva de nuevo al punto de partida. No hay duda de que Marley estaba muerto. Tenemos que dar esto por sentado o, de lo contrario, lo que les voy a contar perderá todo su encanto. Si no estuviésemos plenamente convencidos de que el padre de Hamlet había muerto antes de que la tragedia comenzase, nada de extraño tendría que hubiese tomado la decisión de dar un paseo nocturno por las almenas, mientras soplabla el viento del este, ni que cualquier otro caballero de mediana edad se presentase después del anochecer en un lugar azotado por el aire, como el cementerio de la catedral de san Pablo, por ejemplo, con la sola intención de sobresaltar el frágil espíritu de su hijo.

Scrooge nunca retiró de la puerta del almacén el nombre del finado Marley que, muchos años después, allí continuaba: Scrooge y Marley. Aquella firma era conocida

como Scrooge y Marley. A veces, quienes acababan de estrenarse en el negocio se referían a Scrooge como Scrooge y, otras veces, como Marley, pero él siempre respondía. Le traía sin cuidado.

¡Scrooge era un tacaño de armas tomar, un avaro de los de puño cerrado! ¡Un pecador impenitente, un explotador avaricioso y codicioso que no dejaba nunca de arañar algún beneficio y de apretar las clavijas! Duro y cortante como el pedernal, jamás se le había ablandado el corazón tanto como para arrancarle una chispa de generosidad; era un hombre reservado y hermético, más solitario que una ostra. El frío que llevaba dentro le congelaba las arrugas, le afilaba la nariz puntiaguda, le llevaba a fruncir el ceño y envaraba su porte, igual que enrojecía sus ojos, tornaba lívidos sus finos labios y le hacía hablar con voz rasposa y artera. Una helada escarcha cubría su cabeza, sus cejas y su áspera barbilla. Contagiaba esa frialdad allá donde fuera, de manera que su despacho estaba congelado en los días de canícula y ni siquiera desprendía ni un grado de más ni siquiera en Navidad.

El calor y el frío del ambiente ejercían escasa influencia sobre Scrooge. No había calor capaz de sofocarlo ni temperatura, por glacial que fuese, que le hiciese sentir frío. No había viento más cruel que él, ni nevada tan copiosa cuando pretendía alcanzar un propósito, ni ráfagas de lluvia menos dispuestas a atender una súplica que él. Ni siquiera el tiempo más espantoso habría sabido cómo encajarlo. El más fuerte aguacero, la nieve, el granizo o la cellisca sólo podían jactarse de aventajarle en un solo aspecto: en que muchas veces «caían» en abundancia, cosa que a Scrooge no le sucedía jamás.

Nunca le paró nadie por la calle para preguntarle con gesto alegre: «¿Cómo está, mi querido Scrooge? ¿Cuándo tendrá la amabilidad de pasarse a verme?». Ningún mendigo le pidió jamás una limosna, ni chiquillo alguno le preguntó la hora, ni siquiera, ni una sola vez en su vida, ningún hombre o mujer preguntó a Scrooge por dónde se iba a tal o cuál sitio. Hasta los perros de los ciegos parecían reconocerlo y, al ver que se acercaba, tiraban de sus dueños para que se ocultasen en portales o patios, meneando el rabo como si dijesen: «¡Más vale ser ciego a que nos echen mal de ojo, amo invidente!».

Pero, ¡qué más le daba a Scrooge! Si él no aspiraba a nada que no fuera abrirse camino por los atestados senderos de la vida, manteniéndose siempre alejado de cualquier gesto caritativo, lo que constituía una verdadera delicia para él, al decir de quienes bien lo conocían.

Cierto día —el mejor de entre los buenos que nos trae cada año, un día de Nochebuena— el viejo Scrooge se encontraba trabajando en su despacho. El tiempo era frío, desapacible, helador y, por si fuera poco, había niebla; podía oír a quienes pasaban resoplando por la calle, golpeándose el pecho con las manos y sacudiendo los pies sobre las losas del pavimento para entrar en calor. Los relojes de la ciudad acababan de

dar las tres, pero ya había oscurecido casi por completo —de hecho, apenas había habido luz durante todo el día— y, en las ventanas de las oficinas contiguas, se veían unas velas vacilantes, tenues manchas rojizas en aquel aire denso y sucio. La niebla se colaba por las rendijas y por los ojos de las cerraduras, tan espesa que, a pesar de que aquella calle era una de las más estrechas, las casas de enfrente parecían simples fantasmas. Contemplando cómo se abatía aquella tenebrosa nube que todo lo oscurecía, cualquiera habría pensado que la Naturaleza vivía por allí cerca y andaba preparando ingentes cantidades de té.

Scrooge tenía la puerta del despacho abierta para vigilar a su escribano, que copiaba unas cartas en una lóbrega y reducida estancia, una especie de cubículo situado un poco más allá. Si floja era la lumbre que Scrooge tenía, la de su empleado era tan escasa que parecía tener sólo un pedazo de carbón. Y no podía volver a cargarla, porque Scrooge guardaba el cajón del carbón en el cuarto que ocupaba y, tan pronto como apareciera con el recogedor en la mano, el patrono le habría advertido que mejor haría en no merodear por allí. De modo que el escribano se ponía una bufanda de lana y trataba de calentarse con la vela, empeño en el que acababa por fracasar porque no era un hombre dotado de una gran imaginación.

—¡Feliz navidad, tío! ¡Que Dios te guarde! —exclamó una voz alegre. Era la voz del sobrino de Scrooge, que le pilló tan de improviso que sólo entonces reparó en su presencia.

—¡Bah —contestó Scrooge—, paparruchas!

Tan rápido había caminado el sobrino de Scrooge entre la niebla y la escarcha que, con aquel rostro coloradote y agradable, con aquellos ojos chispeantes y sin dejar de echar vaho al respirar, hasta parecía sofocado.

—¿Cómo que las Navidades son una tontería, tío? —protestó su sobrino—. Seguro que no piensas así, ¿a que no?

—¡Por supuesto que sí! —contestó Scrooge—. ¡Feliz Navidad! ¿Cómo puedes sentirte tan feliz? ¿Qué razón tienes para estar contento, si no eres más que un pobretón?

—¿Y qué derecho te asiste a ti para ser tan taciturno? —continuó el sobrino, contento como unas castañuelas—. ¿Qué motivos tienes para estar de tan mal humor, si no eres más que un ricachón?

Como en ese momento no encontró una respuesta mejor, repitió sin pensar «¡bah!» para, acto seguido, añadir otro «¡paparruchas!».

—¡Mira que tienes mal genio, tío! —comentó su sobrino.

—¿Cómo quieres que tenga buen humor —contestó el tío—, si vivo en un mundo de imbéciles como es el nuestro? ¡Feliz Navidad! ¡Basta de feliz Navidad! ¿Qué son las Navidades sino una época del año en la que hay que hacer frente a un montón de facturas sin disponer de fondos, el momento de recordar que te cae encima un año más

sin disponer ni de una hora más para enriquecerte más, el momento de cerrar los libros de cuentas para comprobar que, de todos los apuntes de los doce meses transcurridos, no figura uno solo a nuestro favor? Si pudiera hacer mi santa voluntad —añadió Scrooge, indignado—, guisaría en su propio jugo y enterraría con una rama de acebo atravesándoles el corazón a todos los que me viniesen con eso de «¡Feliz Navidad!». Eso es lo que haría.

—¡Pero, tío! —le suplicó el sobrino.

—¿Qué pasa, sobrino? —contestó el tío, de forma desabrida—. Celebra la Navidad como te parezca conveniente, pero permite que yo lo haga a mi manera.

—¡Celebrarla! —repitió el sobrino de Scrooge—. ¡Pero si tú no la celebras!

—Por eso, así que déjame en paz —dijo Scrooge—. ¡Que te diviertas mucho! ¡Siempre te lo has pasado de maravilla!

—He de decirte que son muchas las cosas buenas de las que podría haber sacado algún beneficio, pero de las que nunca me aproveché —le respondió su sobrino—, la Navidad, entre otras. Pero lo que sí puedo asegurarte es que, cuando llega la Navidad, aparte de la veneración que debemos a ese nombre y a su sagrado origen, dejando de lado un instante todo lo que la acompaña, siempre me ha parecido que se trata de una estupenda época del año, un momento maravilloso para poner en práctica la bondad, el perdón y la caridad, el único período del que tengo noticia, en esa larga andadura que es cada año, en el que hombres y mujeres parecen estar dispuestos de buen grado a abrir de par en par sus cerrados corazones y a acordarse de que las gentes más humildes que ellos son en realidad compañeros de viaje hacia la tumba y no otra especie de criaturas que van rumbo a otros destinos. Tal es la razón, tío, de que, si bien eso no me ha ayudado a meterme en el bolsillo ni una limadura de oro ni de plata, creo que siempre me ha hecho y me hará mucho bien, así que por eso digo que bendita sea.

Sin querer, el escribano comenzó a aplaudir. Mas, al instante, cayó en la cuenta de que lo que había hecho estaba fuera de lugar, atizó el fuego y acabó para siempre con la última y débil chispa que quedaba.

—Si vuelvo a oír otro ruido procedente de ahí —bramó Scrooge—, ¡va a celebrar usted las Navidades, pero sin empleo! Es usted un fogoso orador, caballero —añadió, mirando a su sobrino—. Me extraña que no estés en el Parlamento.

—No te enfades, tío. ¡Vamos! Vente a cenar mañana con nosotros.

Scrooge contestó que antes preferiría verse..., sí eso fue lo que dijo, porque acabó la frase asegurando que antes preferiría verse en las últimas.

—Pero, ¿por qué? —quiso saber el sobrino de Scrooge—. ¿Por qué dices eso?

—A ver, ¿por qué te casaste? —le preguntó Scrooge.

—Porque me enamoré.

—¡Porque te enamoraste! —rezongó Scrooge, como si ésa fuera la única cosa en el mundo que pudiera sonar más ridícula que desear una feliz Navidad—. ¡Buenas tardes!

—Pero, tío, si antes de estar casado, tampoco venías nunca a verme, ¿por qué lo esgrimes como razón para no hacerlo ahora?

—Buenas tardes —repitió Scrooge.

—No quiero nada tuyo, ni nada te estoy pidiendo. ¿Por qué no podemos ser amigos?

—Buenas tardes —insistió Scrooge.

—No sabes cómo me duele verte tan obcecado. Nunca hemos discutido por culpa mía. Hoy lo he intentado por respeto a la Navidad y mantendré el espíritu navideño hasta el final. Así que ¡Feliz Navidad, tío!

—¡Buenas tardes! —dijo Scrooge, una vez más.

—¡Y feliz año nuevo!

—¡He dicho que buenas tardes! —concluyó Scrooge.

A pesar de todo, el sobrino abandonó la estancia sin una palabra de enojo. Se detuvo a la puerta de la entrada para transmitirle sus buenos deseos al empleado, quien, aún muerto de frío, se mostró más cariñoso que Scrooge y se lo agradeció de corazón.

—Otro que tal baila —musitó Scrooge, al oírlo—. Mi escribano, con quince chelines a la semana, mujer e hijos y deseando una feliz Navidad. ¡Más vale que me internen en el manicomio de Bedlam!

Al abrir la puerta al sobrino de Scrooge, aquel lunático franqueó la entrada a dos personas, dos caballeros de aspecto serio y agradable que, en esos momentos, permanecían de pie, con la cabeza descubierta, en el despacho de Scrooge, con papeles y libros en las manos en actitud de reverencia.

—Tengo entendido que ésta es la firma Scrooge y Marley —dijo uno de ellos, tras consultar una lista—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar, con el señor Scrooge o con el señor Marley?

—El señor Marley murió hace siete años —respondió Scrooge—. Esta noche precisamente se cumplen siete de su fallecimiento.

—Estamos seguros de que su generosidad en nada se verá mermada gracias al socio que lo ha sobrevivido —comentó el caballero al tiempo que le entregaba una tarjeta.

Por supuesto: no en vano ambos habían sido como dos almas gemelas. Al escuchar el ominoso término de «generosidad», Scrooge frunció el ceño, meneó la cabeza y le devolvió la tarjeta.

—En esta época del año en que celebramos la Navidad, señor Scrooge —continuó el caballero, levantando una pluma—, resulta más que deseable que prestemos alguna ayuda a los pobres y a los indigentes, que tan mal lo pasan en estas fechas. Muchos miles carecen de lo más necesario y cientos de millares no tienen con qué celebrarlo.

—¿Acaso no hay ya cárceles? —preguntó Scrooge.

—Muchísimas —contestó el caballero, bajando la pluma.

—¿Y los asilos de pobres? —insistió Scrooge—. ¿Funcionan todavía?

—Por supuesto —respondió el caballero—, pero ojalá pudiera decir que ya no es así.

—De modo que, ¿la asistencia a los indigentes y la ley de asistencia pública continúan siendo vigentes? —añadió Scrooge.

—Y se aplican a discreción, señor.

—Por lo que usted comentaba al principio, temí que hubiese sucedido algo que impidiese su útil aplicación —repuso Scrooge—. Celebro mucho oír eso.

—Como creemos que esas iniciativas apenas darán cristiana satisfacción, ni espiritual ni corporal, a una ingente multitud —explicó el caballero—, nosotros tratamos de crear un fondo para comprar alimentos y bebidas para los pobres, además de algo con lo que puedan entrar en calor. Hemos elegido esta época del año porque es cuando más se deja sentir la necesidad y porque es la más celebrada por quienes tienen de todo. ¿Con qué cantidad piensa contribuir?

—¡Con nada! —exclamó Scrooge.

—¿Desea hacer un donativo anónimo?

—Lo que quiero es que me dejen en paz —contestó Scrooge—. Ya que me han preguntado cuáles son mis deseos, caballeros, ésa es mi respuesta. Yo no celebro la Navidad y no tengo intención de contribuir a que la celebren los holgazanes. Contribuyo al mantenimiento de las instituciones que les he mencionado, que mis dineros me cuestan, para que acojan a las personas que pasan por una mala racha.

—Muchos no pueden ir y otros tantos, antes que acudir a ellas, preferirían morir.

—Si eso es lo que quieren, que lo hagan —repuso Scrooge—: así disminuirá el exceso de población. Por otra parte, les ruego tengan a bien disculparme, pero no estoy al tanto de nada de lo que me están diciendo.

—El caso es que podría verlo con sus propios ojos —apuntó el caballero.

—No es asunto de mi incumbencia —contestó Scrooge—. Bastante tiene uno con sacar adelante su negocio como para andar metiendo las narices en los ajenos. Y el mío requiere todo mi tiempo, así que ¡buenas tardes, caballeros!

Al haber comprobado lo inútil que sería seguir insistiendo en el objeto de su visita, los caballeros se retiraron. Y Scrooge volvió a sus quehaceres con una mejor opinión si cabe acerca de sí mismo y con mejor humor del que solía mostrar.

Entretanto, la niebla y la oscuridad se habían tornado tan densas que la gente andaba por la calle con flameantes teas, ofreciéndose a ir delante de los caballos que tiraban de los carruajes para mostrarles el camino. La antigua torre de una iglesia, cuya destemplada y vieja campana nunca dejaba de contemplar a Scrooge a hurtadillas, desde un ventanal gótico abierto en sus muros, llegó a hacerse invisible y, entre nubes, dio las horas y los

cuartos con trémulas vibraciones, como si a la cabeza helada que pendía más arriba le castañeteasen los dientes. El frío se hizo muy intenso. En la calle principal, en la esquina del patio, unos obreros reparaban las tuberías del gas y habían encendido una enorme fogata, a cuyo alrededor se había congregado un grupo de hombres y chiquillos andrajosos que, calentándose las manos, parpadeaban embelesados contemplando las llamas. Como se habían dejado la llave abierta, el agua, que fluía despacio, se congelaba con un mohín de resentimiento para convertirse en misántropo hielo. El resplandor de las tiendas, donde crujían ramas y frutos de acebo al amor de las luces de los escaparates, parecía enrojecer los pálidos rostros de los transeúntes. Los vendedores de aves y los tenderos, aquel día un espléndido reclamo, remedaban una increíble cabalgata que resultaba casi imposible de asociar con principios tan crudos como los que rigen las compraventas. El alcalde, desde el baluarte de su majestuoso palacio, daba instrucciones a sus cincuenta cocineros y criados para que preparasen unas Navidades dignas de un hogar como el suyo y hasta el sastrecillo al que habían multado con cinco libras el lunes anterior por andar borracho y pependenciero por la calle, removía en su buhardilla el pudín del día siguiente, mientras su flacucha esposa y su hijo pequeño iban a comprar la carne.

Más niebla y más frío. Un frío penetrante, punzante, insoportable. Si, con un tiempo como aquél, el bueno de san Dunstan le hubiese pellizcado en la nariz al Espíritu del Mal, en lugar de recurrir a sus armas habituales, éste se habría quejado y no le habría faltado razón. El dueño de una naricita infantil, mordida y destrozada por el frío como un hueso roído por un perro, se agachó hasta el ojo de la cerradura de Scrooge para obsequiarle con un villancico, pero tan pronto como se escuchó el

¡Dios te guarde, caballero!

¡Nada en la vida te espante!,

Scrooge se apoderó de la regla con tal ímpetu que el cantor huyó aterrorizado, dejando el ojo de la cerradura a merced de la niebla y de la no menos desagradable escarcha.

Llegó, por fin, la hora de cerrar la oficina. Scrooge se levantó de mala gana de su taburete, sin decir nada dio por finalizado el trabajo ante el escribano, quien aguardaba en su cuchitril, y sin dudarle un instante apagó la vela y se caló el sombrero.

—Supongo que mañana querrá tener todo el día libre —comentó Scrooge.

—Si no le parece mal, señor.

—No me parece bien —contestó Scrooge—, ni tampoco me parece justo. Estoy convencido de que, si por ese motivo, le descontase media corona, usted se sentiría maltratado.

El empleado forzó una sonrisa.

—Pero a usted no le parece mal —añadió Scrooge— que yo tenga que pagarle el salario de un día por no trabajar.

El escribano apuntó que no era más que una vez al año.

—¡Lo que no es excusa para atracar a nadie todos los 25 de diciembre! —exclamó Scrooge, mientras se abrochaba su pesado abrigo hasta la barbilla—. Así que supongo que tendré que concederle todo el día libre. Procure estar aquí bien temprano pasado mañana.

Cuando Scrooge ya salía sin dejar de refunfuñar, así se lo prometió el escribano. El empleado cerró el local en un santiamén y, con los extremos de la bufanda blanca colgándole por debajo del chaleco, porque no llevaba abrigo, se fue a Cornhill a patinar veinte veces tras una hilera de chiquillos para celebrar que era la víspera del día de Navidad y, a continuación, irse a su casa, en Camden Town, tan deprisa como pudo, para jugar a la gallina ciega.

Scrooge tomó su deprimente cena en la no menos melancólica taberna a la que solía acudir y, tras leerse todos los periódicos y dedicar el resto de la noche a repasar su libreta de ahorros, se fue a casa a dormir. Vivía en unos aposentos que habían pertenecido a su difunto socio. Se trataba de unas lúgubres habitaciones de un siniestro edificio situado al final de un callejón, donde había tan pocos negocios que uno terminaba ignorando que si de niño hubiera acabado allí, jugando al escondite, habría olvidado cómo salir. En aquel edificio viejo e inhóspito no vivía nadie más que Scrooge, porque el resto de los aposentos estaban alquilados por oficinas. Aquel callejón era tan oscuro que incluso Scrooge, que conocía hasta la última piedra, se vio obligado a andar a tientas. Hasta tal punto la niebla y la escarcha ocultaban la negra entrada del edificio, que cualquiera pensaría que el Genio del Tiempo hubiera decidido sentar sus reales en aquel umbral en funesta meditación.

La aldaba de la puerta no tenía nada de particular, salvo su gran tamaño, aunque hay que decir que Scrooge la había visto todos los días y a todas horas todos los años que llevaba viviendo en aquel lugar y no hay que olvidar que su imaginación era tan roma como la de cualquier otro ciudadano de Londres, incluidos, que ya es decir, la corporación municipal, los concejales y los cocheros. No hay que olvidar tampoco que Scrooge no había vuelto a pensar en Marley desde que mencionara aquella misma tarde la muerte de su socio, acaecida siete años atrás. Y que alguien me explique, si puede hacerlo, cómo, al meter la llave en la cerradura, en aquella aldaba, que no había sufrido transformación alguna, Scrooge no vio una aldaba sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley, y además no rodeado de las impenetrables sombras que dominaban el resto del callejón, sino con un tenue halo de luz a su alrededor, como una malvada langosta en un sótano oscuro. Aunque no parecía furioso ni feroz, miraba a Scrooge como Marley solía hacerlo, con unos fantasmales anteojos sobre una no menos fantasmagórica frente. Como agitado por un soplo o por aire caliente, el pelo se le movía de una forma rara y, aun cuando tenía los ojos completamente abiertos, mantenían una mirada fija. Y todo ello, sumado a la lividez de su rostro, le daba un aspecto

horrible pero completamente ajeno a su expresión, como si el espanto que transmitía fuera algo ajeno a su faz y contra lo que no pudiera hacer nada.

En ésas estaba Scrooge, sin apartar la vista de semejante fenómeno, cuando reparó en que, de nuevo, allí no había más que la aldaba.

Mentiríamos si dijéramos que no se asustó o que no notó cómo le corría por las venas una terrible sensación que no había vuelto a experimentar desde la infancia. Con todo, empuñó la llave que había soltado, la giró con fuerza, entró y encendió una vela.

Después de un momento de indecisión, que lo llevó a detenerse un instante antes de cerrar la puerta, lo primero que hizo fue mirar con resquemor por detrás, como si temiese darse de narices con el cigarro de Marley rondando por el vestíbulo. Pero tras la puerta no se veían más que los tornillos y arandelas que aseguraban la aldaba, de modo que se dijo «¡Bobadas!» y cerró dando un portazo.

Un estruendo que retumbó por toda la casa como un trueno, como si todas las estancias de la planta superior y todos los barriles de la bodega del almacén de vinos del sótano dispusiesen de su propio eco, pero Scrooge no era hombre que se dejase amilanar por el eco. Echó el cerrojo, cruzó el vestíbulo y subió la escalera; lentamente también iba despabilando la vela a su paso.

Aun pecando de falta de precisión, podría afirmarse que por aquel tramo de escalera cabría un coche tirado por seis caballos o que incluso cabría alguna de las malas y recientes leyes aprobadas por el Parlamento, pero lo que quiero decir es que por aquellas escaleras habría entrado sin ninguna dificultad un carruaje fúnebre puesto de través, con los tirantes de cara a la pared y la portezuela mirando a la balaustrada. Aquellas escaleras tenían amplitud de sobra para eso, y aún quedaría sitio; quizás ésa fuese la razón de que Scrooge creyó ver un coche mortuorio subiendo por delante de él en medio de aquellas tinieblas. Ni siquiera media docena de las farolas de gas que había por la calle hubiera sido suficiente para iluminar por completo aquella entrada, así que cabe suponer que, con la vela que llevaba Scrooge, el recinto estaba bastante oscuro.

Pero Scrooge siguió escaleras arriba, como si nada. A Scrooge le gustaba la oscuridad por lo barata que salía. Movido por el recuerdo que aún conservaba de aquel rostro antes de cerrar la maciza puerta de su casa, recorrió el resto de sus aposentos para cerciorarse de que todo estaba en orden.

Sala de estar, dormitorio, trastero, todo estaba como tenía que estar. No había nadie debajo de la mesa, ni tampoco debajo del sofá; un fuego pobre en el hogar; una cuchara y un tazón, en su sitio, y un cazo con unas gachas (Scrooge tenía catarro de nariz), en la repisa de la chimenea. Tampoco había nadie debajo de la cama, ni dentro del armario, ni oculto tras la bata que colgaba de la pared de manera sospechosa. El cuarto trastero estaba como siempre: una antigua pantalla de chimenea, unos zapatos viejos, dos capazos para pescado, un lavabo de tres patas y un atizador.

Satisfecho, empujó la puerta y la cerró por dentro, después de dar dos vueltas a la llave, lo que no era su costumbre. Tras haber adoptado aquellas medidas para no llevarse ninguna sorpresa, se quitó la corbata, se puso la bata, las zapatillas y el gorro de dormir, y se sentó delante de la chimenea para tomarse las gachas.

Como el fuego estaba muy bajo, claro está, para hacer frente a una noche tan despacible, no le quedó otro remedio que pegarse a él; se quedó un rato pensativo, sin sentir la más leve sensación de calor de aquel puñado de leña. Aquella antigua chimenea había sido construida por un comerciante holandés hacía ya mucho tiempo y toda ella estaba recubierta de pintorescos azulejos holandeses con ilustraciones bíblicas, con Caínes y Abeles, hijas del Faraón, reinas de Saba, mensajeros celestiales bajando por los aires sobre unas nubes que parecían colchones de plumas, Abrahames, Baltasares, apóstoles que se hacían a la mar en barquichuelas, cientos de representaciones que podían llamarle la atención, pero el rostro de Marley, fallecido hacía siete años, se le hizo tan presente como la antigua vara de un profeta y acabó con todo lo demás. Si cada uno de aquellos delicados azulejos hubiera sido blanco a fin de representar en su superficie los fragmentos inconexos de sus pensamientos, en todos habría aparecido una imagen de la cabeza de Marley.

—¡Patrañas! —gruñó Scrooge, mientras recorría la estancia de un lado para otro.

Tras dar unas cuantas vueltas, tomó asiento de nuevo. Al recostar la cabeza en el respaldo de la silla, se fijó en una campanilla, una campanilla caída en desuso, que colgaba del techo y que, por algún ignoto propósito, servía para comunicarse con algún otro aposento de la última planta de aquel edificio. Para mayor asombro, con extraño e inexplicable espanto, observó cómo la campanilla comenzaba a balancearse. Al principio empezó a oscilar tan despacio en un primer momento que casi ni se oía, pero al cabo comenzó a repiquetear con energía, y el resto de las campanillas de la casa se sumaron a la primera.

Quizás aquello no durase más de medio minuto, uno tal vez, pero a él se le antojó durar una hora. Y, tal y como habían empezado, las campanillas dejaron de sonar, todas a un tiempo. A lo que siguió un rechinar en lo más hondo, como si alguien estuviese arrastrando una pesada cadena por los barriles de la bodega del almacén de vinos. En ese instante, Scrooge recordó algo que había oído decir acerca de que los espectros de las casas encantadas solían arrastrar cadenas al andar.

De pronto, con gran estruendo, se abrió la trampilla del sótano, así que pudo oír con mayor nitidez que el ruido que llegaba desde la planta inferior, subía por las escaleras y se detenía directamente a la puerta de su casa.

—¡Tonterías! —exclamó Scrooge—. No estoy dispuesto a creer en cosas así.

Mas cambió de color cuando, sin darle un respiro, traspasó la puerta maciza y penetró en la estancia hasta situarse frente a él. Cuando hizo su entrada, la agonizante lla-

ma se alzó como si proclamase: «¡Sé quién es! ¡Es el espectro de Marley!», antes de achicarse de nuevo.

Tenía la misma cara, idéntica. Marley, con el cigarro en la boca, el chaleco de siempre, los pantalones ajustados y los botines, con las borlas tan tiasas como el cigarro, los faldones de la levita o el pelo de su cabeza. En la cintura llevaba sujeta la cadena que arrastraba, una cadena larga que se retorció a su alrededor como una cola y que estaba compuesta (algo que le llamó la atención) de cajas de caudales, llaves, candados, libros de cuentas, escrituras y pesadas bolsas de acero. Su cuerpo era diáfano, de modo que Scrooge, al contemplarlo, podía ver los dos botones de la espalda de la levita a través del chaleco.

Scrooge había oído decir muchas veces que Marley era un hombre que no tenía entrañas, pero hasta entonces no había creído que así fuera.

No, ni siquiera ahora lo creía. Aunque no dejase de mirar al fantasma hasta la médula y estuviese viéndolo allí de pie, delante de sus narices; a pesar de sentir el influjo helador de la mirada inerte de aquellos ojos muertos y de fijarse hasta en la tela del pañuelo doblado que llevaba atado en torno a la cabeza y la barbilla, detalle en el que no había reparado antes, seguía sin dar crédito a lo que veía y se mantenía firme ante tales impresiones.

—¿Qué tal? —dijo Scrooge, tan cáustico y frío como siempre—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—¡Mucho! —contestó la voz de Marley, de eso sí que no había duda.

—¿Quién eres?

—Di mejor quién fui.

—En ese caso, ¿quién fuiste? —preguntó Scrooge, alzando la voz—. Como fantasma, no dejas de ser un poco especial —a punto había estado de decir «para ser un espectro», pero rectificó al paso porque le pareció más adecuado.

—En vida, fui tu socio, Jacob Marley.

—¿Puedes..., puedes sentarte? —le preguntó Scrooge sin demasiado convencimiento.

—Por supuesto.

—En ese caso, toma asiento.

Scrooge había hecho semejante pregunta porque no estaba seguro de que un fantasma tan diáfano fuera capaz de ocupar una silla y consideró que, caso de que no pudiera, aquella circunstancia daría lugar a una enjundiosa explicación. Mas el fantasma se sentó al otro lado de la chimenea, como si ya estuviera más que acostumbrado a hacerlo.

—No crees en mí —observó el fantasma.

—Pues no —contestó Scrooge.

—¿Qué pruebas puedo darte de que soy real, aparte de las que te ofrecen tus sentidos?

—No lo sé —contestó Scrooge.

—¿Por qué dudas de tus propios sentidos?

—Porque cualquier cosa puede llegar a afectarlos —explicó Scrooge—. Una ligera indisposición estomacal basta para engañarlos. Y tú lo mismo puedes ser un trozo de carne sin digerir que un grumo de mostaza, una corteza de queso que un trozo de patata mal hervida. ¡Creo que, en cuanto a ti, seas quien seas, tienes encima más salsa de carne que tierra!

Scrooge no solía hacer chistes ni tampoco, en el fondo, tenía muchas ganas de bromear en aquel momento. La verdad es que trataba de mostrarse ingenioso para distraer su propia atención y mitigar el terror que sentía, porque la voz del espectro revolvía hasta la médula de los huesos.

Scrooge estaba seguro de que si se quedaba allí sentado, contemplando aquellos ojos fijos y vidriosos, y guardaba silencio, aunque no fuera más que un momento, sería su perdición; tampoco ocultaba su horror al caer en la cuenta de que el espectro iba acompañado de una atmósfera infernal propia. No es que Scrooge llegase a sentirla, pero no había duda de que así era, pues si bien el espíritu permanecía absolutamente inmóvil, su pelo, los faldones de su levita y las borlas se agitaban como si les llegasen las vaharadas calientes de una estufa.

—¿Ves este mondadientes? —preguntó Scrooge, volviendo inmediatamente a la carga por la razón apuntada, con el único deseo de apartar de sí aquella mirada pétrea, aunque sólo fuera un segundo.

—Lo veo —contestó el fantasma.

—Pero si no lo estás mirando —dijo Scrooge.

—Sin embargo, lo veo —insistió el espectro.

—¡Muy bien! —respondió Scrooge—. No tengo más que tragármelo para pasarme el resto de mi vida perseguido por unos duendes que no son sino invención mía. ¡Tonterías! ¡Te digo que no son más que patrañas!

Al escuchar aquello, el espíritu lanzó un grito espantoso y sacudió la cadena con tan siniestro y aterrador estruendo que Scrooge se agarró con fuerza a la silla para no caer desmayado, pero ¡cuál no sería su horror al contemplar cómo el fantasma se despojaba de la venda que le envolvía la cabeza, como si le diese demasiado calor para llevarla dentro de casa, y la mandíbula inferior se le cayó sobre el pecho!

Scrooge se puso de rodillas y juntó ambas manos delante de la cara.

—¡Piedad! —exclamó—. ¿Por qué vienes a turbarme, espantosa aparición?

—¡Hombre de poca fe! —contestó el fantasma—. ¿Crees en mí ahora o todavía no?

—Creo —afirmó Scrooge—. No puedo no creer en ti, pero ¿cómo es posible que los espíritus se paseen por la tierra y por qué han de llegarse hasta mí?

—Es preciso que el espíritu que todo hombre lleva dentro —respondió el fantasma— salga al encuentro de sus semejantes y ande por todas partes y, si no lo hace en vida, está condenado a hacerlo después de muerto. ¡Se verá obligado a vagar por el mundo, ¡ay de mí!, para presenciar aquello de lo que ya no puede participar, pero que pudo haber compartido en la tierra y convertirlo en felicidad!

El espectro volvió a lanzar un grito y sacudió la cadena mientras se retorció sus tenebrosas manos.

—¿Cuál es la razón de que estés encadenado? —le preguntó Scrooge, sin dejar de temblar.

—Arrastro la cadena que forjé en vida —contestó el fantasma—. Yo mismo la construí, eslabón a eslabón, metro a metro. Me la ceñí por voluntad propia y cargo con ella de forma voluntaria. ¿No te llama la atención la forma que tiene?

Scrooge temblaba cada vez más.

—¿Acaso te gustaría saber el peso y la longitud de la terrible cadena que arrastras tú mismo? —añadió el fantasma—. Hace ya siete nochebuenas, era ya tan pesada y tan larga como ésta y, desde entonces, no has dejado de afanarte en ella. ¡Es una cadena muy consistente!

Scrooge contempló el suelo a su alrededor, pensando que se vería rodeado por cincuenta o sesenta brazas de cable de hierro, pero no vio nada.

—¡Jacob! —dijo, en tono de súplica—. ¡Buen Jacob Marley, dime algo más! ¡Dime algo que me sirva de consuelo, Jacob!

—No puedo ofrecerte ningún consuelo —contestó el fantasma—. Eso compete a otras esferas, Ebenezer Scrooge, y son otros los ministros que consuelan a otra clase de hombres. Tampoco puedo decirte todo lo que quisiera. Muy poco más es cuanto me está permitido. No encuentro reposo, ni dispongo de un lugar donde poder quedarme o demorarme. Escucha lo que voy a decirte: en vida, mi espíritu nunca fue más allá de nuestra oficina, nunca vagó más allá de los estrechos límites de nuestro cuchitril de cambistas ¡y por eso me quedan por delante unos más que fatigosos desplazamientos!

Siempre que adoptaba una actitud pensativa, Scrooge tenía la costumbre de meterse las manos en los bolsillos del pantalón. Sin dejar de dar vueltas a lo que el fantasma le había dicho, repitió ese mismo gesto, pero no alzó la vista ni se levantó del suelo.

—Debes de habértelo tomado con mucha tranquilidad, Jacob —apuntó Scrooge, como si estuviese hablándole de negocios, aunque con humildad y deferencia.

—¡Tranquilidad! —repitió el fantasma.

—Llevas siete años muerto y no has dejado de andar de un lado para otro todo ese tiempo —musitó Scrooge.

—Todo el tiempo —aseguró el fantasma—. Sin reposo ni tranquilidad. Con la incesante tortura del remordimiento.

—¿Y viajas muy deprisa? —preguntó Scrooge.

—En alas del viento —contestó el fantasma.

—Habrás sobrevolado muchos lugares a lo largo de estos siete años —observó Scrooge.

Al oír semejante comentario, el fantasma lanzó otro grito y, en el silencio de la noche, la cadena rechinó de un modo tan horrendo que cualquier sereno habría encontrado motivos para denunciarlo por escándalo.

—¡Ay de mí, cautivo, encadenado y doblemente aherrojado! —exclamó el fantasma—. No reconocer que siglos de trabajo incesante llevado a cabo en la tierra por seres inmortales habrán de entrar en la eternidad sin que hayamos puesto en práctica cuanto de bueno nos enseñan. No caer en la cuenta de que a todo espíritu cristiano que actúe con bondad en su reducido ámbito, sea cual fuere, por fuerza habrá de parecerle demasiado corta su vida mortal frente a las inmensas posibilidades que tiene de mostrarse útil. ¡No advertir que no hay pesar que pueda enmendar ni una sola de las oportunidades que desaprovechamos en la vida, que fue lo que hice yo, sin lugar a dudas!

—Pero si tú siempre fuiste un magnífico hombre de negocios, Jacob —balbució Scrooge, que ya estaba empezando a aplicarse el cuento a sí mismo.

—¡Negocios! —gritó el fantasma, mientras se retorció las manos de nuevo—. El género humano, en eso consistía mi negocio. El bien común era lo que tenía que haberme preocupado: la caridad, la compasión, la indulgencia y la benevolencia tenían que haber corrido de mi cuenta. ¡Los tratos que tenía con mi clientela eran poco más que una gota de agua en el inmenso océano de mis obligaciones!

Alargó el brazo, alzó la cadena, como si ella fuese la causa de su inútil sufrimiento, y la dejó caer pesadamente al suelo.

—Cuando peor lo paso es en esta época del año en la que estamos —añadió el espectro—. ¿Por qué anduve yo siempre entre mis semejantes con la mirada gacha, sin levantar los ojos ni una vez hacia esa estrella bendita que guió a los Reyes Magos hasta una pobre morada? ¿Acaso no había otros hogares igual de pobres a los que podría haberme conducido su luz?

Al oír el tono en el que se expresaba el espectro, Scrooge se fue sintiendo cada vez más consternado y comenzó a temblar de una forma terrible.

—¡Escúchame! —gritó el fantasma—. ¡Ya casi no me queda tiempo!

—Te estoy escuchando —contestó Scrooge—, ¡pero no te muestres cruel conmigo! ¡Déjate de florituras, Jacob, te lo suplico!

—No sabría explicarte la razón por la que aparezco ante ti en forma visible. Muchos días me he quedado sentado junto a ti sin que pudieras verme.

Aquello no tenía nada de gracioso. Scrooge se estremeció y se enjugó el sudor de la frente.